

EL MONTE MEDITERRÁNEO COMO PAISAJE CULTURAL DESDE UNA PERSPECTIVA INTERDISCIPLINAR

E. García Gómez¹; J. Pereira Sieso² y J. C. Vizuete Mendoza²

¹ Ayuntamiento de Illescas. Concejalía de Medio Ambiente. Plaza Valdecaleros 12, 3º. 45002-TOLEDO (España). Correo electrónico: estratosfera@jazzfree.com

² Facultad de Humanidades. Universidad de Castilla-La Mancha. Plaza de Padilla 4, 47071-TOLEDO (España). Correo electrónico: juan.pereira@uclm.es; Carlos.Vizuete@uclm.es

Resumen

El paisaje actual de dehesas y encinares es valorado como una manifestación del patrimonio cultural a partir de las relaciones socioeconómicas que se han establecido entre las comunidades humanas y estas formaciones vegetales en la Península Ibérica. Esta interacción es analizada en un marco cronológico de larga duración a partir de las aportaciones metodológicas de distintas disciplinas

Palabras clave: *Bellota, Encinar, Arqueología, Fuentes históricas, Etnología, Religiosidad popular*

EL HOMBRE Y LA BELLOTA

Con este título presentamos un avance del proyecto de investigación que venimos realizando entre distintos profesores e investigadores, en la facultad de Humanidades de Toledo, sobre el paisaje como manifestación del patrimonio cultural.

Desde una perspectiva diacrónica de "tiempo largo" se considera que los aprovechamientos forestales, y más concretamente el del encinar, no solo se convirtieron en una estrategia básica de subsistencia en las sociedades preagrícolas, sino que siguieron jugando un papel de gran importancia en las comunidades campesinas peninsulares hasta mediados del siglo XX. Este dilatado proceso de interacción mediante un modo característico de gestión ha configurado un paisaje que se reconoce en amplios territorios. La complejidad del mismo es abordada en este proyecto de investigación desde una pers-

pectiva holística que integra distintas disciplinas: ciencias forestales, arqueología, historia, literatura, iconografía, heráldica, antropología, religiosidad popular, etnografía, sociología, psicología, etc.

ALIMENTO Y SÍMBOLO: MOLINOS DE PIEDRA, VAJILLA DE ORO

En *arqueología* los estudios de los restos vegetales con frecuencia han estado de alguna manera ensombrecidos por los análisis faunísticos, porque los huesos destacan más en los yacimientos que los restos vegetales, sin embargo, por regla general y a pesar de que los huesos pueden conservarse mejor, los vestigios botánicos son más abundantes.

Las plantas fueron a menudo el principal recurso de subsistencia durante la prehistoria. De hecho, es imposible tener una idea global y

completa de la subsistencia prehistórica si no se logra recuperar, identificar e interpretar contextualmente las plantas alimenticias potenciales.

Durante la primera mitad del siglo XX a partir de los trabajos de NETOLITZKY Y SCHIEMANN se van configurando dos tendencias en este tipo de estudios: el conocimiento sobre el origen de las plantas cultivadas y la etnobotánica (BUXÓ, 1997). A partir de la década de los 70 el desarrollo de programas interdisciplinarios de investigación va a permitir acceder a un nivel de información más preciso en el que se intenta describir las interrelaciones entre las comunidades humanas y las plantas. En la década de los 80 destaca la aparición del trabajo de ZOHARY & HOPF (1988) que recoge toda la documentación relacionada con la domesticación y expansión de las plantas en el Viejo Continente.

En la Península Ibérica a partir de los 50 habría que destacar los trabajos de HOPF (1991), pero es en los años finales del siglo XX cuando se puede decir que se han realizado avances significativos por el desarrollo de los proyectos de investigación con una voluntad de interdisciplinariedad. Desde esta perspectiva en las últimas décadas el estudio de los restos vegetales constituye un campo de investigación de enorme desarrollo, que tiende a centrarse menos en la reconstrucción del entorno medioambiental de los yacimientos arqueológicos para, en un marco cronológico más amplio, profundizar en las interrelaciones entre los grupos humanos y las plantas.

La información proporcionada por los restos vegetales permite, entre otras cosas, la reconstrucción arqueológica del paisaje humano, conocer las condiciones medioambientales en las que se desarrollaron los grupos humanos, las características de su economía y el diseño estacional de sus actividades, así como la identificación de los instrumentos necesarios para la obtención, almacenaje, procesado y consumo de los recursos vegetales. Como ya se ha reseñado, en la actualidad las posibilidades de interpretación de los datos obtenidos nos permiten superar el nivel del mero estudio de los indicadores paleoambientales, del consumo de alimentos o de las variaciones estacionales, para acceder a la comprensión de las interrelaciones entre los grupos humanos y las plantas (BÚSTER, 1989).

En la práctica la mayoría de los trabajos de investigación *paleoetnobotánica* en Europa a partir del periodo postglacial se centran de manera preferente en las cuestiones derivadas del origen, difusión y desarrollo de las prácticas agrícolas. Se ofrece una visión en exceso simplista en la que solo se atribuye un papel importante a la recolección de frutos silvestres en las culturas preagrícolas. Desde el comienzo del Neolítico se considera que la recolección pierde importancia, a pesar del hallazgo de un interesante volumen de este tipo de frutos en yacimientos arqueológicos del Sur y Suroeste de Europa, desde el Neolítico hasta la Edad del Hierro. Algunos autores sugieren la posibilidad que una serie de especies botánicas no domesticadas fueron, en cierto modo, protegidas o cuidadas para ser utilizadas por las comunidades humanas: "La gran cantidad de restos de plantas silvestres descubiertos en las excavaciones es significativa e indica que largo tiempo después del establecimiento total de las prácticas agrícolas, la recolección de frutos silvestres se mantuvo en una proporción importante dentro del volumen de producción de alimentos" (ZOHARY & HOPF, 1988).

Centrándonos en el caso que nos ocupa, el consumo de bellotas por las comunidades humanas, los hallazgos de sus restos en yacimientos arqueológicos inicialmente recibieron distintas interpretaciones de uso: alimento para ganado, remedios medicinales, o el teñido y curtición de tejidos y pieles respectivamente (RENFREW, 1973). Cada una de estas posibilidades parece perfectamente factible, sin embargo los repetidos hallazgos de cotiledones de bellotas tostados o carbonizados, así como su hallazgo mezclados con cereales en estructuras y recipientes de almacenaje o áreas de procesado en la Europa prehistórica llevaron a aceptar un cierto papel en la alimentación humana. En esta nueva interpretación el papel de las bellotas es valorado como un alimento de emergencia en épocas de carestía o hambruna. Un complemento en la dieta cuando la cosecha anual es insuficiente para solucionar las necesidades alimenticias: "En las comunidades tradicionales campesinas de Europa y Oriente Medio las bellotas eran aprovechadas en otoño, generalmente como un suplemento del forraje para los animales doméstico. Todavía en

tiempos de hambruna las bellotas eran recolectadas y consumidas después de molerlas y lixiviarlas, tostarlas o cocerlas. Los campesinos sabían que cuando la cosecha de cereales escaseaba se podía recurrir a la recolección de bellotas como un pan de hambre" (ZOHARY & HOPF, 1988).

Sin embargo en la actualidad y para la Península Ibérica contamos con numerosas referencias de tipo arqueológico de más de un centenar de yacimientos, desde el Paleolítico hasta época romana (PEREIRA Y GARCÍA, 2002), en los que se han documentado macrorrestos y microrestos de bellotas, que en determinadas periodos culturales (Edad del Hierro) es uno de los frutos secos más consumidos. Estas evidencias parecen sugerir que frente a la interpretación de Zohary y Hopf que las valoran como un alimento para épocas de hambruna o stress de alimentos, las bellotas son un recurso regularmente aprovechado en la alimentación humana.

Como referencia pasamos a reseñar algunos ejemplos de las aportaciones de distintos *métodos analíticos* que están contribuyendo en el marco de proyectos de investigación arqueológica interdisciplinarios a la valoración como recurso alimenticio de las bellotas.

En primer lugar cabe reseñar la interpretación de una serie de análisis polínicos procedentes de muestras extraídas de la Laguna de las Madres y el Acebrón en el entorno de Doñana. Los resultados obtenidos se interpretan como un proceso que desde la sencilla dehesa prehistórica que se inicia en la transición Neolítico/Edad del Cobre pasa por una intensa deforestación durante el Bronce Final, después de la cual y a partir de la Edad del Hierro vuelve a documentarse una dehesa desarrollada que se convierte en elemento permanente del paisaje hasta tiempos medievales (STEVENSON & HARRISON, 1992). Esta interpretación, con sus limitaciones comarcales y regionales y su necesaria contrastación, se convierte en una propuesta de investigación interesante, al abordar el desarrollo de distintos tipos de paisaje que parecen corresponder a distintos sistemas de organización social y económica.

Otro ejemplo de las posibilidades de reconstrucción es el hallazgo de *fitolitos* con numerosos ejemplos documentados en molinos de mano, desde el Neolítico hasta época romana, que confirman su utilización para la molienda de

bellotas, tal y como refieren Estrabón, Plinio y otros autores clásicos que indican el consumo de un pan hecho de harina de bellotas por los pueblos del interior de la Península Ibérica. También se han documentado *fitolitos* y *parénquima* de *Quercus* en un cálculo dental de un cadáver inhumado en la Cueva de Urbiola en Navarra (JUAN-TRESSERRAS *et al.*, 1997).

Entre las últimas novedades de los protocolos analíticos están los estudios de paleodieta a partir de análisis químicos de los restos óseos humanos, incinerados o no, que detectan una serie de *elementos traza* (Mg, Zn, Fe, V, Cu, Sr y Ba) que permiten precisar la proporción e importancia en la dieta de los alimentos de origen vegetal y si proceden de especies cultivadas o silvestres.

Otras evidencias arqueológicas a tener en cuenta corresponden a elementos de joyería y de adorno personal, que muestran a partir de la utilización de la *iconografía* de la bellota, la importancia de la misma como elemento simbólico entre las civilizaciones mediterráneas de la antigüedad. Entre estos ejemplares cabe citar una "phiale" de oro (cuenco de ofrendas) procedente de Italia fechada en el 300 a.C. Esta pieza excepcional presenta una decoración de tres círculos concéntricos de bellotas en relieve y un cuarto de cotiledones, alternando en el círculo exterior con otro círculo de abejas: un cuenco de oro con los símbolos de la Edad de Oro. Probablemente estaría destinada por sus características a ceremonias de gran importancia para su dueño.

Como ejemplo de la conjunción de distintos tipos de información procedente de fuentes arqueológicas, que se pueden utilizar en la interpretación del papel del aprovechamiento del encinar por las comunidades del pasado más remoto cabría citar el Proyecto Numancia. Esta ciudad celtibérica se localiza según las *fuentes clásicas* en el área a la que Estrabón atribuye el consumo sistemático de un tipo de pan hecho con harina de bellotas, además Apiano describe los espesos bosques que la rodeaban y propiciaban las emboscadas contra las legiones de Escipión que la conquistaron. Los últimos resultados del proyecto de investigación integral de Numancia no solo han detectado la presencia de *pólenes* y *carbones* de *Quercus* sino también sus *fitolitos* en los molinos de uso doméstico

(JIMENO et al., 1999) y la existencia de *elementos traza* en los análisis de los restos óseos humanos de la necrópolis que parecen identificar una dieta en la que predominaban los frutos secos (JIMENO Y TRANCHO; 1996), que dadas las características ecológicas de la región nos inclinan a pensar que debían ser bellotas. Un último argumento, que completa este panorama del papel de este fruto en el mundo cultural de los habitantes de Numancia vendría del hallazgo de pendientes de bronce rematados por una bellota (LORRIO, 1997).

DE LOS GODOS A LOS LIBERALES

Si para los primeros siglos de nuestra historia, la principal fuente de información nace de los datos aportados por la *arqueología*, los que proceden de fuentes documentales son cada vez más cuantiosos para el estudio del largo periodo de tiempo que separa los orígenes de la monarquía visigoda –en el siglo VI– de la gloriosa revolución de 1868. Sin embargo, su misma abundancia y disparidad, mayor cuanto más recientes, complican en no pocas ocasiones su comprensión. Por la limitación de espacio de esta ponencia, presentaremos primero una breve clasificación de tales fuentes para apuntar después un modelo de interpretación que es el que estamos aplicando en nuestro proyecto de investigación.

Las fuentes históricas

Restos arqueológicos, inscripciones, monedas, obras literarias, leyes civiles, cánones conciliares, crónicas, etc., suministran al historiador materiales y noticias varias para reconstruir la relación del hombre con el monte en la época visigoda. Sin embargo, a pesar de su profusión no siempre son tan ricas como sería deseable. Por ellas sabemos que los montes eran lugares casi despoblados, en cuyas soledades se refugiaban monjes y bandoleros –sin que la presencia de estos últimos nos lleve a pensar en una inseguridad generalizada en los campos–, y en los que perviven a finales del siglo VII cultos paganos difíciles de desarraigar: adoradores de ídolos, piedras, fuentes o árboles (Con. Tol. XII, can. 11; Con. Tol. XVI, can. 2).

Más numerosas son las noticias del periodo de reconquista, estrechamente vinculado a la

rehabilitación de la tierra. El estudio de la documentación más antigua fue iniciado por los historiadores del derecho y las instituciones, que nos han proporcionado una visión eminentemente jurídica de la relación del hombre con el monte durante este periodo. La causa de este enfoque se encuentra en la naturaleza de los documentos más abundantes: las *cartas-puebla* y los *fueros*. Las primeras, muy repetidas durante toda la Edad Media, no eran otra cosa que un contrato agrario colectivo por el que el señor, fuera éste un individuo o una corporación, daba a los pobladores de un lugar las tierras del mismo, fijaba las normas a las que debían ajustarse, establecía los censos o rentas que debían satisfacer y les eximía de la obligación de algunas cargas o prestaciones señoriales. El origen de los distintos fueros es semejante, con la salvedad de que eran concedidos por el rey o un príncipe soberano. Algunos de estos fueros desarrollaron una amplia normativa (el de Cuenca cuenta con nada menos que 983 disposiciones) que abarca desde las instituciones administrativas locales al derecho privado, el penal y el procesal.

En la baja Edad Media, plenamente asentado ya el régimen municipal, los concejos regularon las diversas actividades en el ámbito de su jurisdicción por medio de *ordenanzas*, revisadas reiteradamente en tiempos posteriores para adecuarlas a las nuevas circunstancias. Para preservar las propiedades comunales y los bienes de propios concejiles, muchos de los cuales no eran sino montes y dehesas, los ayuntamientos constituyeron *guarderías* que velaban por la observancia de las ordenanzas y que conducían ante los alcaldes, jueces ordinarios, a los infractores: los que cortan encina o carrasca por el pie, los que rozan el monte, los que sacan leña o carbón sin licencia, etc. No faltan tampoco las penas para los que cogen las bellotas antes de que el concejo lo autorice, o en mayor cantidad de la permitida, si tenemos en cuenta que también está prohibido vear las encinas para el pasto de los animales parece evidente que los frutos recogidos por los primeros están destinados al consumo doméstico (Ordenanzas de la Villa de Ves, 1589, nº 7).

La importancia de los montes en Toledo, Talavera y Ciudad Real llevó a cada uno de los concejos a organizar una *hermandad* cuyos cuadrilleros recorrían los términos conduciendo ante

la justicia local a los malhechores. Aparece entonces otro tipo de fuente: la *judicial*. Los pleitos seguidos por las Hermandades nos informan de todo tipo de actividades relacionadas con la explotación del monte durante un amplio periodo de tiempo que va desde el siglo XIII a la desaparición del régimen señorial, en el siglo XIX.

En los tiempos modernos un nuevo tipo de fuente viene a unirse a los anteriores, las *informaciones* solicitadas por medio de interrogatorios. Felipe II ordenó la primera de estas encuestas en 1575 con el objeto de componer una "Descripción e Historia de los pueblos de España" que nunca se realizó. Las respuestas recibidas de 721 pueblos se conservan hoy en la Biblioteca de El Escorial y han sido parcialmente publicadas. Otro objetivo perseguía el interrogatorio del *Catastro de Ensenada*, varias de cuyas preguntas (4, 6, 7, 11 y 12) solicitan información sobre el monte, la variedad de sus árboles y frutos, su producción y su valoración económica. Más limitadas en el espacio son las denominadas *Relaciones del cardenal Lorenzana*, respuestas a un cuestionario remitido en 1782 por el arzobispo primado a todos los "señores vicarios jueces eclesiásticos y curas párrocos" de la archidiócesis y cuya recogida se prolonga hasta 1789. Su objetivo primordial era facilitar al geógrafo Tomás López los datos necesarios para confeccionar un mapa del arzobispado de Toledo. La culminación de este tipo de trabajos realizados por medio de cuestionarios y corresponsales fue el *Diccionario* de PASCUAL MADDOZ, publicado entre 1845 y 1850, que aunaba datos históricos, geográficos y estadísticos. Pero para entonces ya habían comenzado a producirse los cambios estructurales que conducirán a la desaparición del modo de vida tradicional en el monte mediterráneo. Durante el reinado de Carlos IV se ordenó la primera *desamortización*, a la que seguirían la frustrada del trienio constitucional y, ya con los liberales en el poder, la de los bienes de las órdenes religiosas, en 1836, y la de las tierras concejiles, en 1855. Como consecuencia muchos campesinos perderán los aprovechamientos comunales, entre ellos las bellotas, y además los nuevos propietarios modificarán el uso del encinar, lo que acarreará su destrucción en amplias zonas.

Un último grupo de fuentes lo constituyen las *obras narrativas*, variadísimas en su diversidad, desde los escritos de los padres de la iglesia visigoda, reglas monásticas, vidas de santos, monjes y eremitas; los tratados medievales de caza y montería; las novelas pastoriles del Siglo de Oro y el teatro del Barroco; itinerarios y relatos de viajeros del siglo XVIII; y, durante todo el periodo, los relatos de apariciones de la Virgen y las colecciones de sus milagros.

Propuesta de interpretación

Cuando el historiador se enfrenta a este tipo de fuentes, tradicionalmente se inclina hacia investigaciones de carácter jurídico, centradas en la propiedad, sus formas de adquisición y transmisión; o económico, el estudio de los modos de aprovechamiento y el análisis de los rendimientos. Sin embargo nosotros, por el carácter interdisciplinar de nuestro grupo, hemos optado por un acercamiento al tema desde otras posiciones que tienen que ver más con la perspectiva cultural, cuyas manifestaciones más claras se encuentran en el ámbito de las *mentalidades colectivas*, que en muchas ocasiones deja un rastro de difícil seguimiento en los documentos.

No debe sorprendernos que la primera referencia a la que hemos hecho relación sea la prohibición de rendir culto a los árboles, en una fecha tan tardía como el año 693, lo que nos habla de la pervivencia de una larga tradición cultural ligada al bosque. Si en el siglo VIII no se había desarraigado este rasgo de paganismo, quizá tenga que ver con él la multitud de apariciones marianas que desde el siglo XII se documentan en lugares solitarios frecuentados con pastores. Puede que no se trate más que de una forma sencilla de cristianizar lugares de culto anteriores. Como en la mayor parte de los relatos de mariofanías el mensaje de la Virgen es que se le edifique un templo en aquel lugar y que se le rinda culto, no parece descabellado pensar que en ocasiones la aparición no pretende otra cosa que establecer un núcleo de población en torno a la iglesia, con lo que se dificultaría que el monte fuera refugio de golfines.

Creemos que es necesario destacar la estrecha relación entre este culto mariano y la encina: muchas de las apariciones se producen sobre una de ellas, como la Virgen de Cortes, en Alcaraz, o la de Fátima; son también muchas las

advocaciones de la Virgen con el topónimo *de la encina*, como la patrona de Ponferrada, en León, o la Artziniega, en Álava; y, según la creencia popular para la Virgen de Guadalupe, su imagen está tallada en madera de encina.

En nuestra opinión, esta santificación de los encinares con la presencia de la Virgen permitió la preservación del monte mediterráneo para usos pastoriles, frente a la presión creciente que sobre ellos ejercían las comunidades de agricultores. Durante la Edad Moderna cada vez fueron más frecuentes los enfrentamientos entre ganaderos y labradores que demandan nuevas tierras de cultivo. Son dos modos incompatibles de relacionarse con el medio, y en esta lucha los conservacionistas contaron con la ayuda del cielo.

LA CULTURA POPULAR, UN PATRIMONIO INVISIBLE

Los estudios *etnográficos*, utilizados y aplicados en contextos ecológicos y sociológicos cercanos al asunto que nos ocupa, que duda cabe que conforman una privilegiada disciplina para acercarnos al conocimiento del pasado forestal.

La existencia en nuestro país de zonas y personas que aún hoy conservan, en la práctica o en la memoria, tecnologías, *labores agroforestales tradicionales* y saberes antiguos, suponen una magnífica reserva de información que no durará muchos años. La pérdida de contacto, como forma de vida, con el medio natural y la menor dependencia económica que en la actualidad supone el campo y el monte hace que nos encontremos, posiblemente, con la última generación de personas capaces de transmitirnos la cultura popular del aprovechamiento del monte. Conocimientos que desaparecerán con ellos si no hacemos una urgente labor de recuperación de los mismos.

De hecho, para nuestras investigaciones, es cada vez más difícil encontrar personas de menos de setenta años que nos aporten información útil, procedente de su experiencia o del entorno social y familiar inmediato.

Respecto a lo anterior cabe decir que el análisis de sociedades actuales que viven de manera arcaica constituye un referente reconocido, y

cada vez más utilizado, para los *estudios etnoarqueológicos*.

En el proyecto que venimos desarrollando, que es en definitiva un estudio etnobotánico a lo largo del tiempo de los *Quercus* y sus frutos, el trabajo de campo *antropológico*, las encuestas y las entrevistas se centran fundamentalmente en informantes procedentes de poblaciones rurales que en algún momento de su vida han tenido relación más o menos directa con el campo. La inmensa mayoría de los entrevistados proceden del valle medio del Tajo y, en menor medida, del Guadiana, por lo que la extrapolación de los datos debe hacerse con mucha cautela a no ser que se enmarquen en un ámbito cultural y natural propio de esta franja central de la Península Ibérica.

Parte de los datos obtenidos se refieren al aprovechamiento de las bellotas como alimento humano, incluyendo las distintas actividades relacionadas con la recolección, almacenaje y procesado de las mismas. Información que posiblemente nos ayude a comprender la actual distribución y composición de las masas de las encinas y de otras quercíneas asociadas a estas.

La información recogida parece indicar que si bien el consumo antrópico existió y todavía existe, en la actualidad su valoración es la de un complemento ocasional y estacional de la dieta, detectándose una soterrada sanción negativa en algunos de los informantes que identifican su consumo con situaciones de penuria y escasez, como por ejemplo los años del hambre de la posguerra. A pesar de este inconveniente hemos podido documentar diferentes formas de ingesta, referidas fundamentalmente al siglo que acaba de pasar.

Mientras que en las zonas de dehesas de encinas el aprovechamiento usual era el engorde de animales (cerdos, fundamentalmente), existían en muchas de ellas al menos una encina, llamada "de avellaneda", que se protegía del ganado y se reservaba en exclusiva para el aprovechamiento alimenticio de las personas.

Las encinas de bellota dulce eran intocables ya que, a igualdad de propiedades de la madera, ramón o corteza con las de fruto amargo, tenían esta característica como distintiva, que no era pequeña, sabiendo que cíclicamente a lo largo

de la historia su aprovechamiento directo sacó de más de un apuro a los campesinos.

En alguna comarca su principal aprovechamiento era la venta para tostaderos de café, ni más ni menos. Durante más de dos décadas las encinas en las dehesas suponían un valor añadido, hasta tal punto que se consideraba que en estas zonas se producían dos cosechas anuales: la siega estival de cereales y leguminosas y la recolección otoñal de las bellotas.

Resulta que, además, las bellotas de encina eran aprovechadas para la elaboración u obtención de platos tan variados como gachas, especie de puré de harina; aceite, tras su hervido prolongado; pan, mediante la mezcla de harina de bellotas con harina de trigo; horchatas, muy estimadas para el control de las diarreas; tortillas, en la que las patatas se sustituían por rodajitas de los cotiledones de los glandes; café casero, conseguido con el líquido de cocerlas una vez tostadas; dulces, haciendo guirlaches con los trozos de cotiledones entremezclados con azúcar tostado; turrón de pobre, consistente en apetitoso higo paso con una bellota en su interior; sin olvidar que crudas, asadas, tostadas o hervidas también eran bocados apetecibles, y en muchos casos necesarios, por los habitantes de determinadas regiones.

CONCLUSIÓN

Todo lo anterior nos indica que ha existido un manejo histórico de las encinas, voluntario a veces e involuntario la mayoría de ellas. A lo largo de los siglos el aprovechamiento de este arbolado propio del monte mediterráneo nos sugiere que su composición y distribución obedece en gran parte a motivos antrópicos, motivado en gran parte por la comestibilidad de sus frutos. Los agrónomos árabes durante su dominio en la Península identificaban a la encina en todos sus tratados como árbol frutal, el eminente ecólogo González Bernáldez nos describió lo que llamó como la frutalización del monte mediterráneo y nos llegan testimonios de mediados del siglo XX, incluso documentados fotográficamente, del injerto de las encinas para producir bellotas dulces y seleccionadas.

En definitiva, la aplicación de muy diferentes disciplinas enfocadas a la búsqueda de nue-

vos datos nos pueden ayudar a desentrañar parte de los avatares históricos sufridos por nuestro medio natural.

Fuentes

Los cánones de los concilios visigóticos pueden verse en J. VIVES, *Concilios Visigóticos e Hispano-romanos*, C.S.I.C., Madrid 1963. Las cartas-puebla son muy numerosas y aparecen publicadas en muchas colecciones diplomáticas; del *Fuero de Cuenca* existe una edición crítica de R. DE UREÑA Y SMENJAUD, Real Academia de la Historia, Madrid 1935, reeditada en facsímil por la Universidad de Castilla-La Mancha 2003. La documentación de la Hermandad Vieja de Toledo, Talavera y Ciudad Real se encuentra en los archivos municipales de Toledo y Talavera, así como en la sección de Diversos del Archivo Histórico Nacional. El mejor conocedor de las Relaciones de Felipe II es J. CAMPOS Y FERNÁNDEZ, DE SEVILLA, que acaba de publicar el índice según los manuscritos de la Biblioteca del Escorial: "Las Relaciones Topográficas de Felipe II: Índices, Fuentes y Bibliografía", *Anuario Jurídico y Económico Escurialense*, XXXVI (2003), 439-574. Las *Respuestas Generales* del interrogatorio del Catastro de Ensenada se custodian en el Archivo General de Simancas, Dirección General de Rentas, y en cada uno de los Archivos Históricos Provinciales las correspondientes al territorio de su provincia. Algunas de estas respuestas han sido publicadas en la colección *Alcabala del Viento* por el Centro de Gestión Catastral y Tributaria y Tabapress, precedidas de estudios introductorios redactados por especialistas relacionados con cada una de las localidades. Los originales de las *Relaciones del cardenal Lorenzana* se encuentran en el Archivo Diocesano de Toledo.

BIBLIOGRAFÍA

- BUTZER, K.; 1989. *Arqueología. Una ecología del Hombre*. Edit. Bellaterra. Barcelona.
 BUXÓ, R.; 1997. *Arqueología de las Plantas*. Edit. Crítica. Barcelona.

- HOPF, M.; 1991. South and Southwest Europe. *En: V. Zaist, Wasylikowa y Behre (eds.), Progress in Old World Palaeoethnoby: 241-278.* Edit. Por. Rotterdam.
- GONZÁLEZ, F.; 1992. La frutalización del paisaje mediterráneo. *En: Paisaje mediterráneo: 136 - 141.* Electa. Milán.
- JIMENO, A Y TRANCHO, G.; 1996. Mundo Celtibérico. Numancia. *Investigación y Ciencia: 38 -39.*
- JIMENO, A. et al.; 1999. Reconstrucción ambiental y dieta de los numantinos. *IV Simposio sobre Celtíberos: Economía: 481-488.*
- JUAN-TRESERRES et al.; 1997. Identification of Phytoliths from Prehistoric human dental remains from the Iberian Peninsula and the Balearic Islands. *Estado actual del estudio de fitolitos en suelos y plantas. C.C.A. Monografías C.S.I.C. 4: 197-203.*
- LORRIO, A. J.; 1997. Los Celtíberos. *Complutum (Extra) 7: .*
- PEREIRA, J. Y GARCÍA, E.; 2002. Bellotas, el alimento de la Edad de Oro. *Arqueoweb 4 (2):*
- STEVENSON, A.C. & HARRISON R.J.; 1992. Ancient Forests in Spain: A Model for Land-Use and Dry Forest management in Southwest Spain from 4000 BC to 1900 AD. *Proceedings of the Prehistoric Society 58: 227-247.*
- ZOHARY, D. & HOPF, M.; 1988. *Domestication of Plants in the Old World.* 1ª edic. Oxford. Clarendon Press.